



IV

Nicolás

Quien hubiera oído hablar á Manuela en tono tan depreciativo, como lo había hecho, del herrero de Atlihuayan, se habría podido figurar que era un monstruo, un espantajo repugnante que no debiese inspirar más que susto ó repulsión.

Pues bien: se habría engañado. El hombre que después de atravesar las piezas de habitación de la casa, penetró hasta el patio en que hemos oído la conversación de la señora mayor y de las dos niñas, era un joven trigueño, con el tipo indígena bien marcado, pero de cuerpo alto y esbelto, de formas hercúleas, bien proporcionado y cuya fisonomía inteligente y benévola predisponía desde luego en su favor. Los ojos negros y dulces, su nariz aguileña,

su boca grande, provista de una dentadura blanca y brillante, sus labios gruesos, que sombreaba apenas una barba naciente y escasa, daban á su aspecto algo de melancólico, pero de fuerte y varonil al mismo tiempo. Se conocía que era un indio, pero no un indio abyecto y servil, sino un hombre culto, embelecido por el trabajo y que tenía la conciencia de su fuerza y de su valer. Estaba vestido no como los dependientes de las haciendas azucareras, con chaqueta de dril de color claro, sino con una especie de blusa de lanilla azul como los marineros, ceñida á la cintura con un ancho cinturón de cuero lleno de cartuchos de rifle, porque en ese tiempo todo el mundo tenía que andar armado y apercebido para la defensa; además traía calzoneras con botones oscuros, botas fuertes, y se cubría con un sombrero fieltro gris de anchas alas, pero sin ningún adorno de plata. Se conocía, en fin, que de propósito intentaba diferenciarse, en el modo de arreglar su traje, de los bandidos que hacían ostentación exagerada de adornos de plata en sus vestidos y especialmente en sus sombreros, lo que les había valido el nombre con que se conocían en toda la República.

Nicolás acostumbraba, en sus visitas diarias á la familia de Manuela, dejar su caballo y sus armas en una casa contigua, para partir luego que cerraba la noche á la hacienda de Atlihuayan, distante menos de una milla de Yautepec.

Después de los saludos de costumbre, Nicolás fué á sentarse junto á la señora en otro banco rústico, y notando que á los pies de Manuela estaban regadas en desorden las rosas que ésta había desprendido de sus cabellos, le preguntó:

—Manuelita, ¿por qué ha tirado usted tantas flores?

—Estaba yo haciendo un ramillete,—respondió secamente Manuela,—pero me fastidié y las he arrojado.

—¡Y tan lindas!—dijo Nicolás inclinándose para recoger algunas, lo que Manuelita vió hacer con marcado disgusto.—¡Usted siempre descontenta!—añadió tristemente.

—¡Pobre de mi hija! Mientras estemos en Yautepec y encerradas,—dijo la madre,—no podemos tener un momento de gusto.

—Tienen ustedes razón,—replicó Nicolás.—¿Y su hermano de usted, ha escrito?

—Nada, ni una carta; no hemos tenido ni razón de él. Ya me desespero... Y ¿qué nuevas noticias nos trae usted ahora, Nicolás?

—Ya sabe usted, señora,—dijo Nicolás con aire sombrío,—las de siempre..., plagios, asaltos, crímenes por dondequiera, no hay otra cosa. Antier se llevaron los plateados á Xochimancas al *purgador* de la hacienda de San Carlos. Ayer, en la mañana, se llevó otra partida al *ayudante de campo*, que había

salido á la tranca de la hacienda nada más; después mataron á unos arrieros que iban de Cocoyoc al camino de México...

—¡Misericordia de Dios!—exclamó la señora;—si no es posible vivir ya en este rumbo. Si estoy desesperada y no sé cómo salir de aquí...

—A propósito,—continuó Nicolás;—si usted insiste, señora, en su deseo de irse á México, y ya que ha rehusado usted mis servicios para acompañarla, pronto se le ofrecerá á usted oportunidad.

—¡Sí! ¿cómo?—preguntó con ansiedad la señora.

—Hemos sabido que debía haber llegado aquí esta mañana una fuerza de caballería del gobierno, porque salió de Cuernavaca con esta dirección ayer en la tarde, y durmió en Xiutepec; pero al amanecer recibió orden de ir á perseguir á una partida de bandidos que en la misma noche asaltó á una familia rica extranjera que se dirigía á Acapulco, acompañada de algunos mozos armados. Parece que, precisamente para ver si escapaba de los ladrones, esa familia salió de Cuernavaca ya de noche y caminaba á prisa para llegar hoy temprano á Puente de Ixtla ó San Gabriel. Pero cerca de Alpuyecá la estaba esperando una partida de plateados. Los extranjeros que iban con la familia se defendieron, pero los mozos hicieron traición y se pasaron con los bandidos, de modo que los pobres extranjeros quedaron allí muertos con su familia, que también pereció.

—¡Jesús! ¡qué horror!—exclamaron la señora y Pilar, mientras que Manuela palideció ligeramente y se puso pensativa.

—Parece que fué una cosa espantosísima,—continuó Nicolás.—Allí amanecieron tirados los cadáveres, no más los cadáveres, porque los bandidos se llevaron, naturalmente, los equipajes, las mulas, los caballos y todo. La noticia llegó á Cuernavaca muy temprano, los vecinos de Alpuyecá trajeron después en camillas á los muertos, entre los que había niños. Ahí tienen ustedes el por qué la fuerza del gobierno, que venía para acá, recibió orden de dirigirse, en combinación con otra que salió de Cuernavaca, en persecución de los bandidos.

—¿Y los cogerán? ¿Usted cree que los cogerán?—preguntó la señora.

—No,—respondió con intensa amargura el honrado joven,—no cogerán á nadie. Son pocos en comparación de los plateados, que deben haberse refugiado en Xochimancas. Solamente allí tienen más de quinientos hombres, bien montados y armados, sin contar con las muchas partidas que andan en todos los caminos. Además, ya estamos acostumbrados á estos vanos alardes. Cuando se comete un robo de consideración ó se asalta á personas distinguidas, se hace escándalo; el gobierno de México manda órdenes terribles á las autoridades de por aquí; éstas ponen en movimiento sus pequeñas fuerzas, en que

hay muchos cómplices de los bandidos y que les dan aviso oportunamente. Se hace ruido una semana ó dos y todo acaba allí. Entretanto, nadie hace caso de los robos, de los asaltos, de los asesinatos que se cometen diariamente en este rumbo, porque las víctimas son infelices que no tienen nombre, ni nada que llame la atención.

—¡Ay Dios, Nicolás,—dijo con interés la señora,—y usted que se arriesga todas las tardes para venir de Atlihuayan, sólo por vernos! Yo le ruego á usted que no lo haga ya.

—¡Ah! no, señora,—respondió Nicolás sonriendo tranquilamente;—en cuanto á mí, pierda usted cuidado. Yo soy pobre, nada tienen que robarme. Además, la distancia de Atlihuayan á acá es muy corta, nada arriesgo verdaderamente con venir.

—¡Cómo no ha de arriesgar usted!—repuso la señora;—en primer lugar, aunque usted es pobre, se sabe que es usted un artesano honrado y económico, que es el maestro de la herrería de Atlihuayan, y deben suponer que tiene usted algo guardado; luego, aunque no fuera más que porque monta usted buenos caballos y porque tiene buenas armas.

—¡Oh, señora!—exclamó riendo Nicolás,—lo que yo puedo tener guardado no vale la pena de que me ataquen esos señores, porque ellos se arriesgan por mayores intereses. Por otra parte, saben muy bien que yo no me dejaría *plagiar*. No es esto fanfarro-

nada, pero la verdad es, señora, que vale más morir de una vez que sufrir las mil muertes que tienen los *plagiados*. Ya habrá usted oído contar lo que les hacen. Pues bien, la mejor manera de escapar de esos tormentos es defenderse hasta morir. Siquiera de ese modo se les hace pagar caro su triunfo y se salva la dignidad del hombre,—añadió con varonil orgullo.

—¡Ah! si todos pensaran así,—dijo la señora,—si todos se resolvieran á defenderse, no habría bandidos ni necesitaríamos de las fuerzas del gobierno, ni viviríamos aquí muertos de miedo, temblando como pájaros azorados.

—Es verdad, señora; así debía ser, y no se necesita para ello más que de un poco de sangre fría. Vea usted; en Atlihuayan todos estaban aterrorizados cuando comenzaron á inundar esto los bandidos, y no sabían qué partido tomar. Pero antes de que comenzaran á pisarnos la sombra, los maquinistas de la hacienda y los herreros nos reunimos y determinamos comprar buenos caballos y armarnos bien, decidiendo defendernos siempre unidos, aunque fuésemos pocos. Tan luego como se supo nuestra resolución, el administrador y los dependientes se unieron también á nosotros, y como la gran ventaja que tienen los plateados para amenazar á las haciendas y á los pueblos, consiste en que tienen siempre emisarios y cómplices entre los vecinos, se dispuso arrojar de la hacienda al que se hiciera sospechoso

de estar en connivencia con los bandidos. De ese modo, todos los trabajadores de Atlihuayan son fieles y nos ayudan; la hacienda está bien armada y no tenemos más peligro que el de que incendien los bandidos los campos de caña. Pero vigilando mucho, y todas las noches, puede alejarse ese mal en cuanto sea posible. Ya han pedido dinero al hacendado; ya lo han amenazado de quemar la hacienda, pero no se les ha hecho caso. A nosotros también nos han escrito cartas pidiéndonos dinero, pero no les hemos contestado. A mí particularmente, sé que me aborrecen; que hay algunos que han ofrecido matarme, y no sé por qué, pues yo no he hecho mal á nadie, ni á los bandidos; será seguramente porque saben que estoy resuelto á defenderme y que mis oficiales lo están también. Pero no tengo cuidado, y sigo como hasta aquí, sin que nadie me haya atacado en los caminos.

—Pero usted anda siempre solo, Nicolás,—dijo la señora,—y eso es una temeridad.

—Cuando puedo me acompaño, por ejemplo, cuando tengo que ir á una hacienda algo lejana... pero para venir aquí no creo que hay necesidad de compañía. Pero á todo esto, lo que más importa es tratar de la salida de ustedes. Decía yo que la fuerza que venía á Yautepec se entretiene hoy en perseguir á los asaltantes del camino de Alpuyeca, que ya estarán en sus guaridas. Por consiguiente, la fuerza regresará á Cuernavaca y saldrá después para acá.

Es tiempo de aprovechar la ocasión y pueden ustedes prepararse para la marcha.

—Ya se ve,—dijo la señora,—y desde luego vamos á alistarnos. Gracias, Nicolás, por la noticia, y espero que usted vendrá á vernos como siempre para comunicarnos algo nuevo y para que me haga usted el favor de quedarse con mis encargos... no tengo hombre de confianza más que usted.

—Señora, ya sabe usted que estoy á sus órdenes en todo, y que puede usted ir tranquila respecto de sus cosas, pues me quedo aquí.

—Ya lo sé, ya lo sé, y lo espero á usted mañana, como siempre. Ahora es tiempo de que usted se vaya, es ya de noche y tiemblo de que le suceda á usted algo en este caminito de Yautepec á la hacienda, tan corto, pero tan peligroso... ¡Adiós!—dijo estrechando la mano de Nicolás, que fué á despedirse en seguida de Manuela, que le alargó la mano fríamente, y de Pilar, que lo saludó con su humilde timidez de costumbre.

Cuando se oyó en la calle el trote del caballo que se alejaba, la señora, que se había quedado triste y callada, suspiró dolorosamente.

—La única pena que tendré,—dijo,—alejándome de este rumbo, será dejar en él á este muchacho, que es el solo protector que tenemos en la vida. ¡Con qué gusto lo vería yo como mi yerno!

—¡Y dale con el yerno, mamá!—dijo Manuela

102000 6063

acercándose á la pobre señora y abrazándola cariñosamente.—¡No pienses en eso! Ya vamos á salir de aquí y tendrás otro mejor.

—Éste te ofrece un amor honrado,—dijo la señora.

—Pero no un amor de mi gusto,—replicó frunciendo las cejas y sonriendo la hermosa joven.

—Dios quiera que nunca te arrepientas de haberlo rechazado.

—No, mamá, de eso sí puede usted estar segura. Nunca me arrepentiré. ¡Si el corazón se va adonde quiere... no adonde lo mandan!—añadió lentamente y con risueña gravedad, ayudando á la señora á levantarse de su taburete.

La noche había cerrado, en efecto; el rocío, tan abundante en las tierras calientes, comenzaba á caer; las sombras de la arboleda de la huerta se hacían más intensas á causa de la luz de la luna, que comenzaba á alumbrar, y la familia se entró en sus habitaciones.



V

El Zarco

A la sazón que esto pasaba en Yautepec, á un costado de la hacienda de Atlihuayan, y por un camino pedregoso y empinado que bajaba de las montañas, y que se veía flanqueado por altas malezas y coposos árboles, descendía poco á poco y cantando, con voz aguda y alegre, un gallardo jinete montado en brioso alazán que parecía impacientarse, marchando tortuosamente en aquel sendero en que resonaban echando chispas sus herraduras.

El jinete lo contenía á cada paso, y en la actitud

más tranquila parecía abandonarse á una deliciosa meditación, cruzando una pierna sobre la cabeza de la silla, como las mujeres, mientras que entonaba, repitiéndola distraído, una copla de una canción extraña compuesta por bandidos y muy conocida entonces en aquellos lugares:

«Mucho me gusta la plata,
pero más me gusta el lustre,
por eso cargo mi reata
pa la mujer que me guste.»

El jinete, caminando así á mujeriegas, no parecía darse prisa por bajar al llano, y de cuando en cuando se detenía un momento para dejar que su caballo respirase y para contemplar la luna por los claros que solían dejar los árboles de la montaña. Así mirándola atentamente, observaba también las estrellas y parecía averiguar la hora, como si estuviese pendiente de una cita.

Por fin, al dar vuelta á un recodo del camino los árboles fueron siendo más raros, las malezas más pequeñas, el sendero se ensanchaba y era menos áspero, parecía que la colina ondulaba suavemente y todo anunciaba la proximidad de la llanura. Luego que el jinete observó este aspecto menos salvaje que el que había dejado detrás de él, se detuvo un instante, alargó la pierna que traía cruzada, se estiró perezosamente, se afirmó en los estribos, examinó con rapidez las dos pistolas que traía en la cintura y

el mosquete que colgaba en la funda de su silla, al lado derecho y atrás, como se usaba entonces; después de lo cual desenredó cuidadosamente la banda roja de lana que abrigaba su cuello, y volvió á ponérsela, pero cubriéndose con ella el rostro hasta cerca de los ojos. Después se desvió un poco del camino y se dirigió á una pequeña explanada que allí había, y se puso á examinar el paisaje.

La luna había aparecido ya sobre el horizonte y ascendía con majestad en el cielo por entre grupos de nubes. A lo lejos, las montañas y las colinas formaban un marco negro y espeso al cuadro gris en que se destacaban las oscuras masas de las haciendas, la faja enorme de Yautepec, los cerros y las arboledas, y al pie de la colina que servía de mirador al jinete se veían distintamente los campos de caña de Atlihuayan, salpicados de luciérnagas, y en medio de ellos los grandes edificios de la hacienda con sus altas chimeneas, sus bóvedas y sus ventanas llenas de luz. Aun se escuchaba el ruido de las máquinas y el rumor lejano de los trabajadores y el canto melancólico con que los pobres mulatos, á semejanza de sus abuelos los esclavos, entretienen sus fatigas ó dan fin á sus tareas del día.

Ese aspecto tranquilo y apacible de la naturaleza y ese santo rumor de trabajo y de movimiento, que parecía un himno de virtud, no parecieron hacer mella ninguna en el ánimo del jinete, que sólo se

preocupaba de la hora, porque después de haber permanecido en muda contemplación por espacio de algunos minutos, se apeó del caballo, estuvo paseándolo un rato en aquella meseta, después apretó el cincho, montó, é interrogando de nuevo á la luna y á las estrellas, continuó su camino cautelosamente y en silencio. A poco estaba ya en la llanura y entraba en un ancho sendero que conducía á la tranca de la hacienda; pero al llegar á una encrucijada tomó el camino que iba á Yautepec, dejando la hacienda á su espalda.

Apenas acababa de entrar en él andando al paso, cuando vió pasar á poca distancia, y caminando en dirección opuesta, á otro jinete que también iba al paso montado en un magnífico caballo oscuro.

—¡Es el herrero de Atlihuayan!—dijo en voz baja, inclinando la ancha falda de su sombrero para no ser visto, aunque la bufanda de lana le cubría el semblante hasta los ojos.

Después murmuró, volviendo ligeramente la cabeza para ver al jinete, que se alejaba con lentitud:

—¡Qué buenos caballos tiene este indio!... Pero no se deja... ¡Ya veremos!—añadió con acento amenazador.

Y continuó marchando hasta llegar cerca de la población de Yautepec. Allí dejó el camino real y tomó una veredita que conducía á la Caja del río que atraviesa la población. Después siguió por toda

la orilla meridional hasta una pequeña curva en que el río, después de encajarse entre dos bordes altos y llenos de maleza, de cactus y de árboles silvestres, desemboca en un terreno llano y arenoso, antes de correr entre las dos hileras de extensas y espesísimas huertas que lo flanquean en la población. Allí la luna daba de lleno sobre el campo, rielando en las aguas cristalinas del río, y á su luz pudo verse perfectamente al jinete misterioso que había bajado de la montaña.

Era un joven como de treinta años, alto, bien proporcionado, de espaldas hercúleas y cubierto literalmente de plata. El caballo que montaba era un soberbio alazán, de buena alzada, musculoso, de encuentro robusto, de pezuñas pequeñas, de ancas poderosas como todos los caballos montañeses, de cuello fino y de cabeza inteligente y erguida. Era lo que llaman los rancheros un *caballo de pelea*. El jinete estaba vestido como los bandidos de esa época y como nuestros *charros*, los más *charros* de hoy. Llevaba chaqueta de paño oscuro con bordados de plata, calzoneras con doble hilera de *chapetones* de plata, unidos por cadenillas y agujetas del mismo metal; cubriase con un sombrero de lana oscura, de alas grandes y tendidas, y que tenían tanto encima como debajo de ellas una ancha y espesa cinta de galón de plata bordada con estrellas de oro; rodeaba la copa redonda y achatada una doble toqui-

lla de plata, sobre la cual caían á cada lado dos chapetas también de plata, en forma de bulas rematando en anillos de oro. Llevaba, además de la bufanda de lana con que se cubría el rostro, una camisa también de lana debajo del chaleco, y en el cinturón un par de pistolas de empuñadura de marfil, en sus fundas de charol negro bordadas de plata. Sobre el cinturón se ataba una *canana*, doble cinta de cuero á guisa de cartuchera y rellena de cartuchos de rifle, y sobre la silla un machete de empuñadura de plata metido en su vaina, bordada de lo mismo. La silla que montaba estaba bordada profusamente de plata, la cabeza grande era una masa de ese metal, lo mismo que la teja y los estribos, y el freno del caballo estaba lleno de chapetas, de estrellas y de figuras caprichosas. Sobre el vaquerillo negro, de hermoso pelo de chivo, y pendiente de la silla, colgaba un mosquete, en su funda también bordada, y tras de la teja veíase amarrada una gran capa de hule. Y por dondequiera, plata en los bordados de la silla, en los arzones, en las tapa-fundas, en las chaparreras de piel de tigre que colgaban de la cabeza de la silla, en las espuelas, en todo. Era mucha plata aquella, y se veía patente el esfuerzo para prodigarla por dondequiera. Era una ostentación insolente, cínica y sin gusto. La luz de la luna hacía brillar todo este conjunto y daba al jinete el aspecto de un extraño fantasma con una especie de armadura de plata; algo

como un picador de plaza de toros ó como un abigarrado centurión de Semana Santa.

El jinete estuvo examinando durante algunos segundos el lugar. Todo se hallaba tranquilo y silencioso. El llano y los campos de caña se dilataban á lo lejos, cubiertos por la luz plateada de la luna, como por una gasa transparente. Los árboles de las huertas estaban inmóviles. Yautepec parecía un cementerio. Ni una luz en las casas, ni un rumor en las calles. Los mismos pájaros nocturnos parecían dormir, y sólo los insectos dejaban oír sus leves silbidos en los platanares, mientras que una nube de cocuyos revoloteaba en las masas de sombra de las arboledas.

La luna estaba en el zenit y eran las once de la noche.

El plateado se retiró después de este rápido examen á un recodo que hacía el cauce del río junto á un borde lleno de árboles, y allí perfectamente oculto en la sombra, y en la playa seca y arenosa, echó pie á tierra, desató la reata, quitó el freno á su caballo y, teniéndolo del lazo, lo dejó ir á poca distancia á beber agua. Luego que la necesidad del animal estuvo satisfecha, lo enfrenó de nuevo y montó con agilidad sobre él, atravesó el río, y se internó en uno de los callejones estrechos y sombríos que desembocaban en la ribera y que estaban formados por las cercas de árboles de las huertas.

Anduvo al paso y como recatándose por algunos

minutos, hasta llegar junto á las cercas de piedra de una huerta extensa y magnífica. Allí se detuvo al pie de un zapote colosal cuyos ramajes cubrían como con una bóveda toda la anchura del callejón, y procurando penetrar con la vista en la sombra densísima que cubría el cercado, se contentó con articular dos veces seguidas una especie de sonido de llamamiento: «¡Psst!... ¡pst!...» Al que respondió otro de igual naturaleza, desde la cerca, sobre la cual no tardó en aparecer una figura blanca.

—¡Manuelita!— dijo en voz baja el plateado.

—¡Zarco mío, aquí estoy!— respondió una dulce voz de mujer.

Aquel hombre era el Zarco, el famoso bandido cuyo renombre había llenado de terror toda la comarca.



VI

La entrevista

La cerca no era alta; estaba formada de grandes piedras entre las cuales habían brotado centenares de trepadoras, de ortigas y de cactus de tallos verticales y esbeltos, formando un muro espeso cubierto con una cortina de verdura. Sobre esta cerca, aprovechando uno de sus claros y bajo las sombrías ramas del zapote, cuyo tronco nudoso presentaba una escalinata natural por dentro de la huerta, Manuelita se había improvisado un asiento para hablar con el Zarco en sus frecuentes entrevistas nocturnas.

El bandido no se bajaba en ellas de su caballo. Desconfiado hasta el extremo, como todos los hombres de su especie, prefería estar siempre listo para